



**TERTIUS ORDO REGULARIS SANCTI FRANCISCI
CONSILIUM GENERALIS**

Prot. 41/2009

*Carta del Ministro General
y del Consejo General
a todos los hermanos y hermanas
de la Tercera Orden Regular de San Francisco
con motivo de la conclusión del Año Paulino, 2009*

**FRANCISCO Y PABLO:
LA MISMA PASIÓN POR CRISTO**

Carísimos hermanos y hermanas,

junto con el resto de la Iglesia hemos vivido y experimentado la gracia del Año Paulino proclamado por el Santo Padre, Benedicto XVI, que deseaba que este año fuera uno en el que los fieles “escucharan a San Pablo y pudieran aprender de él – nuestro maestro en la fe – la fe y la verdad en la que están enraizados los discípulos de Cristo” (Homilía de las Primeras Vísperas de la Solemnidad de la Fiesta de los SS. Pedro y Pablo).

Basado en la pasión y la constancia con las que hizo de Cristo el centro viviente de su vida y misión apostólica, el apóstol Pablo es una de la figuras más significativas de la Iglesia primitiva: “No soy yo quien vivo, sino que Cristo vive en mí.” (Gal. 2:20). Cuando leemos las cartas del Apóstol, y especialmente expresiones personales como ésta, nos quedamos admirados y sorprendidos por su continua referencia y entrega a Cristo. De hecho, parece que sólo existe un interés, un auténtico amor, en la vida de Pablo que concentra toda la atención de su corazón, mente y acciones: “mi Señor”.

Es precisamente en esta actitud apostólica donde nosotros los Franciscanos podemos percibir uno de los más claros contactos con la



experiencia de nuestro Seráfico Padre San Francisco. Él también encontró en Cristo *la* razón de su existencia – y se conformó tan totalmente con Él que era conocido por sus contemporáneos como un “alter Christus”.

Ciertamente si analizamos los escritos de San Francisco de Asís nos sorprende la relativa pobreza de citas Paulinas: de hecho, tres cuartas partes de las citas del Nuevo Testamento en los escritos de Francisco provienen de los Evangelios y del resto sólo un pequeño porcentaje de los versos son de San Pablo, las cartas de San Juan y de otras cartas. Esto se debe a un número de razones, y no la menor de todas era la importancia que el retorno a los Evangelios tuvo en la vida de la Iglesia y en la espiritualidad del siglo trece.

Esto no disminuye la influencia que el santo, que fue tan grande tan grande en la primitiva Iglesia, tuvo en Francisco y el movimiento Franciscano. Si leemos atentamente la historia de Francisco de Asís podemos encontrar fuertes resonancias del itinerario de Pablo de Tarso en su propia jornada de fe.

El Evangelio

Para Pablo, como para Francisco, la conversión se caracterizó por un inesperado pero decisivo encuentro con el Evangelio. Al usar la palabra “Evangelio” no nos referimos aquí sólo a los cuatro Evangelios ni tampoco al corpus de los escritos del Nuevo Testamento. Sino que la usamos para referirnos al mensaje que estos escritos - incluyendo los del Antiguo Testamento – proclaman. El contenido de este gozoso mensaje es la llegada del Reino de Dios, inaugurado por la predicación y las obras de Jesús y llevado a su fruición en su muerte y resurrección. Este reino consiste en la definitiva erupción del amor y de la tierna misericordia de Dios en la vida de los hombres y mujeres e inicia la promesa de una nueva y definitiva era de vida, justicia y paz.

Frente al Evangelio, tanto Pablo como Francisco, tuvieron una intensa experiencia de su propia pequeñez y de su incapacidad total de salvarse por sus propios méritos o fuerzas. El Apóstol en su doctrina de la justificación por la fe esencialmente revela que él se vio como un pobre hombre – rebelde y pecador – y que Dios le manifestó una incondicional aceptación en una libre oferta de salvación. De manera semejante Francisco, meditando y contemplando el tremendo amor de Dios que descubrió en los Evangelios, no



pudo menos que exclamar: “¿Quién eres tú, mi dulce Señor? ¿Quién soy yo vil gusano y siervo inútil?” (Floreциllas).

El Evangelio se transforma en el criterio interno frente al cual uno tiene que considerar su vida. El desafío consiste en dejarse convertir – cambiar el propio corazón y mente – “en creer la Buena Nueva” según los dictados del *kerigma* de Jesús. (Mc. 1:15). Esta *metanoia* o conversión es, por encima de todo, una atenta escucha y obediencia a la Voluntad de Dios. Para Pablo y Francisco la conversión fue, a la vez, punto de llegada y de partida. Para Pablo la luz de la conversión le permitió, él que era un judío observante e hijo verdadero del Torah, de reestructurar su existencia Hebrea de una manera totalmente nueva. Para Francisco, el descubrimiento de que sólo en Dios uno puede realizar total y verdaderamente los deseos de la vida que yacen en lo profundo del corazón humano y esto mediante un profundo cuestionamiento y escucha del Evangelio (Espejo de Perfección, 1).

El Evangelio se convierte en la *única* palabra esencial para proclamar el sentido de la vida a cada generación que tiene hambre del sentido de la vida. Así Pablo pudo declarar: por esta razón “Yo resolví no conocer nada, cuando estaba con vosotros, excepto a Jesucristo y Éste crucificado” (1Cor. 2:2). Él no podía hacer otra cosa que predicar la Buena Nueva de Jesús, o como lo expresó él: “Si yo predico el evangelio, no es para mí motivo de orgullo, porque se me ha impuesto una obligación y ¡ay de mí si no predico!” (1 Cor. 9:16). Francisco sintió la misma atracción por el poder del Evangelio y la centralidad de Cristo y también se sintió impelido a predicar sin descanso como un heraldo que prepara el mundo para el retorno del Señor (Primera carta a los guardianes).

El Seguimiento de Cristo

La experiencia espiritual de Pablo llega al máximo en su imitación de Cristo y en estando configurado con Él. Esta es la línea de meta de la carrera como el apóstol la describe y que le permite decir: “Estoy crucificado con Cristo; sí vivo yo, pero no yo, sino es Cristo quien vive en mí” (Gal. 2:19-20). Una tal experiencia mística se inicia por una gradual apropiación de los sentimientos de Cristo - o mejor, de las virtudes de Cristo: humildad, servicio y el don de sí mismo – que eventualmente conduce al abrazo de la experiencia de Su muerte y resurrección.



Podemos descubrir este mismo movimiento en la experiencia de Francisco de Asís que hizo del “seguimiento de las pisadas de Cristo” la finalidad de su vida y de la de sus compañeros. Para el Santo el contexto general de esta expresión abraza el total misterio de Cristo con particular insistencia en la debilidad de Dios (1Cor. 1:25). Vemos en Francisco que un seguimiento de Cristo comporta una ruta de auto abajamiento - de un abrazar la pobreza en el sentido total de la palabra - y de una gozosa bienvenida a los sufrimientos que el verdadero discípulo de Cristo encuentra en la vida.

Este camino de identificación con Cristo conduce al amor al prójimo, a aceptar al otro como es - aun a amar a los propios enemigos, en un continuo proceso de muerte a sí mismo y a su ego para estar abierto a una total e incondicional donación de la propia existencia.

Para Francisco la experiencia de los estigmas selló su camino espiritual y su identificación con Cristo. Demostró como la vida de un discípulo conduce a la misma experiencia del Señor que ofreció su vida para rescate de todos.

Conclusión

El celebrar la memoria de un santo es siempre una ocasión importante que nos invita a reevaluar nuestras propias vidas a la luz de las exigencias de nuestra fe Cristiana y ver hasta donde llegamos en el desafío de nuestro discipulado.

La razón por la que la figura de san Pablo, que es uno de los grandes pilares de nuestra fe, es un ejemplo tan importante del discipulado cristiano consiste en el modo como él nos muestra con toda claridad que una relación personal y apasionada con Cristo se convierte en la piedra de toque y en estímulo para la renovación y regeneración de la propia vida religiosa.

El documento *Caminar desde Cristo: Un renovado compromiso de la Vida Consagrada en el Tercer Milenio* de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica lo presentó así:



Por tanto es necesario adherirse siempre más de cerca a Cristo, el centro de la vida consagrada y tomar de nuevo el sendero de la conversión y renovación que, como la experiencia inicial de los apóstoles, antes y después de la resurrección, fue un empezar de nuevo desde Cristo. Sí, uno necesita empezar de nuevo desde Cristo porque fue desde él que los primeros discípulos de Galilea empezaron; desde él que a través de toda la historia hombres y mujeres de todo estado y cultura, consagrados por el Espíritu en la fuerza de su llamada, han empezado; por él han dejado a su familia y patria, siguiéndole incondicionalmente, poniéndose a disposición para el anuncio del Reino y haciendo el bien a todos. (sección 21).^a

Nuestro Seráfico Padre Francisco nos muestra muy bien como vivir este “empezar de nuevo” dentro de la tradición viva de la Iglesia y de nuestra Orden. No nos contentemos con sólo admirar el ejemplo de Pablo y Francisco sino, como ellos, dejemos que el Evangelio cambie y guíe nuestras vidas. Nuestra plegaria es que todos tengamos la misma pasión por Cristo que inspiró a los grandes santos que nos precedieron.

Roma, 29 de junio 2009

p. Michael J. Higgins, TOR
Ministro General

p. John Kochuchira, TOR
Vicario General

p. Bernat Nebot Llinás, TOR
1° Definidor General

p. Amando Trujillo Cano, TOR
2° Definidor General

fr. Mark McBride, TOR
3° Definidor General

p. José Antonio Martorell Pou, TOR
4° Definidor General

p. Pierangelo D’Aiuto TOR
Secretario General

^a

http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/ccsrlife/documents/rc_con_ccsrlife_doc_20020614_ripartire-da-cristo_sp.html